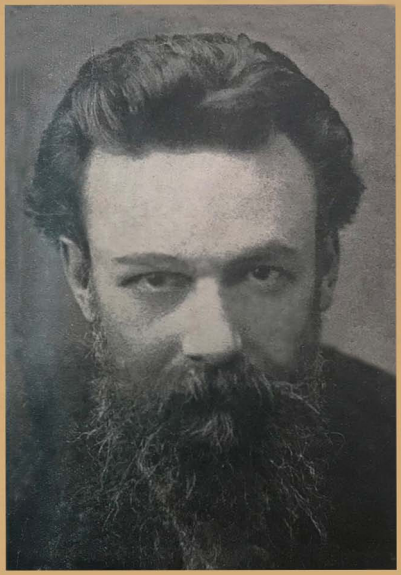

¡PENSANDO!

POR FEDERICO DEGETAU

¡PENSANDO!

POR FEDERICO DEGETAU

¿QUÉ ES AMOR? [1]

Amor es el sentimiento supremo, que ilumina nuestra vida y nos impulsa hacia lo que es bueno, justo y bello.

Amor es la unión de dos almas para cada una de las cuales, la otra constituye una revelación del Bien Supremo, por el sentimiento que, rompiendo la atmósfera del *yo*, abre á las intimidades del espíritu una continuidad con lo Infinito. Por eso es absurdo amor sin respeto, amor sin serenidad; y así, cuando se llega á amar de veras, se pierden todos los motivos PASIONALES que á veces despiertan el amor, pero que no son el amor.

---

(1) Porque yo tengo un lema. No lo busques en la cubierta de mis libros; no es en ella donde está. Búscalo en las líneas y en las *entrelíneas* de lo que escribo, en mis ideas y en mis sentimientos. Que en mi entendimiento y en mi corazón lo grabó una mujer y lo menos que puedo hacer es repetirlo, alma amiga mía; para que tú á tu vez lo infundas con tus besos y tus caricias en la conciencia de tu padre, de tu esposo y de tu hijo. Dice sencillamente: «Ama y Trabaja».

Amar á una criatura, es amar á Dios en su obra.

Amar la patria es sentir la inmensidad del bien, llamándonos á ejercerlo en ella para todas las patrias.

No ama á su patria, el que odia la del vecino.

Eso no es amor, es una pasión; á veces desordenada y peligrosa.

Amor es la esteriorización de la existencia del alma que evidencia la inmortalidad.

El recuerdo de los que hemos amado mucho en vida, es como el sol, que cuanto más lejano parece, más nos conforta y acompaña.

El amor vigoriza la voluntad para el cumplimiento del deber, y dulcifica la vida haciendo que sea una bendición y una plegaria.

EL JACINTO ROMANO

Á MI AMIGUITA CARIDAD NAVARRETE

¡Caridad, cuánto te recuerdo!

Me acuerdo de ti, una niña adolescente ya, de mirada luminosa y voz inmaculada. La mirada y la voz, hija mía, son los primeros testigos de nuestra vida que se adelantan á anunciar á los extraños la índole de nuestros pensamientos y la naturaleza de nuestros actos. Y como por desgracia hay niños impuros y jóvenes seniles, Dios, providente y bueno, descubre por la mirada y por la voz lo que hay de corrupto y de insano á los que saben bastante para amar al enfermo y tratar de curarlo. Pero tú, alma sana, sólo por el contraste despiertas la idea de la enfermedad.

*
* *

Llegó el paquete del floricultor que el correo traía. ¡Con cuánto esmero había sido preparado para el viaje! El musgo y la paja formaban una almohadilla tan delicada

que los bulbos llegaron sin haber sufrido novedad.

Sin novedad, no; sin haberse lastimado su tejido, quise decir. ¡Lo que es no hablar con propiedad! Porque precisamente si no hubiera habido novedad y sufrimiento, yo no escribiría estas líneas. Uno de aquellos bulbos, un jacinto romano, en cuyo seno dormían perfumes y colores, allí mismo, dentro de aquella caja, en su nido de paja y musgo había sentido la acción dulce del calor, como si ya un rayo de sol le hubiera llamado á la vida besando la tierra que le cubriera. Y las hojas apergaminadas de la cebolla habían abierto paso al tallo, en cuyas curvas se adivinaba el forcejear de sus sueños, entre las presiones de la paja. Y el tallo había empezado á abrir su corona de flores incoloras, deformadas también, bajo la presión de su envoltorio.

¡Qué lucha y qué angustia debió haber sido la del pobre jacinto romano!

Comprimido, encerrado, empezando á florecer en el hueco que él mismo se abría penosamente entre la paja seca, en su paquete, tirado de un lado para otro en las sacas del correo, sin luz, sin aire, sin espacio, sin

poder abrir, para hacer algún bien para algo y para alguien, las corolas de sus flores descoloridas.

¿No es verdad, hija mía, que produce una pena inmensa pensar que puede haber almas que como el jacinto romano sueñan con el sol, en un paquete cerrado, con su destino escrito sobre él, que no pueden leer siquiera desde dentro, para consolarse pensando en la tierra abonada del jardín que les espera?

No siempre nos es dado ayudar á desatar el paquete en que una flor lucha por abrirse en la opresión y en la obscuridad. Tú y yo que creemos en una Providencia, oímos hablar sin miedo de la tijera de la Parca que puede cortar el hilo, porque sabemos que hay para la labor final de toda vida, un nacimiento de luz y no falta nunca á su hora, al término de nuestro viaje, la mano libertadora y santa.

*
* *

¡Caridad! ¡Caridad! La niña adolescente de voz sin mancha y mirada sin sombras. Me gusta recordarte cuando pienso en el jacinto romano, porque creo que es tan

grande la maravilla de la vida, que tu voz y tu mirada revelan, que, aún antes de terminar nuestro viaje terrenal pueden todavía, en los altos del camino, venir manos providenciales á abrir el paquete en que las almas viajan, para que los pétalos de aquéllas que forcejean y luchan asfixiándose en su encierro, se abran y se coloreen en ese mundo de luz y de armonía, en esa vida que brilla en tu mirada y suena en tu voz.

LA VELADA DEL DOCTOR

—Siéntate y óyeme, Sofía. Hoy hace seis años que nos conocimos.

—Cuando te dije en la mesa que no íbamos al teatro te se saltó una lágrima.

—¡Oh, no creas!...

—Esa lágrima me ha emocionado profundamente, me trajo á la...

—Pero, no te figures...

—...me trajo á la imaginación una escena de los brillantes días del pasado. Permíteme que continúe. No te impacientes, luego hablarás tú. Déjame decirte lo que pienso. Si te escucho, el encanto de tu voz me distrae y mis ideas se desparraman, se desordenan y concluyo por olvidar lo que mayor empeño tenía en decirte.

—Te escucho. Habla.

—Pues, como te decía, al ver en tus ojos esa lágrima que hacía brotar una resolución mía, un recuerdo de días que pasaron, acudió á mi mente. Me acordaba de aquel Secretario de la Embajada francesa, tu admirador entusiasta, que al ver desbaratadas

por tu respuesta sus aspiraciones á obtener tu mano, se separó de ti diciéndote con emoción vivísima: «Que vous n'aimiez jamais». Que no ame V. nunca. Ese fué su voto; que no amases, para que no sufrieras. Tú me lo referiste cuando tu cariño por mí te hizo ver una decepción en lo que era para mí el cumplimiento de un deber. Debía dejarte para ir á Lyon á estudiar el cólera.

Era un viaje voluntario me decías y por un capricho Quijotesco te dejaba. Aquello pasó, pero la frase del Secretario de Embajada en la desolación que te producía la idea de separarnos, continuó por mucho tiempo preocupándome.

No tuve necesidad de salir de España. Vino el cólera, y cuando preparaba los cultivos de las bacterias en el laboratorio, para estudiar con Ferrán su descubrimiento de la vacunación contra la terrible epidemia, cruzaban por mi imaginación millares de veces aquella frase y pensaba: ¿Será mejor no amar en la vida? ¿Tendría razón el Secretario de Embajada? Y veía al diplomático con el clak debajo del brazo repetirte aquel voto por tu felicidad con que devolvía tu negativa, á contribuir á la suya, aceptando su

nombre y su posición. Lo veía cuando miraba en el campo del microscopio, los millares de bacterias cruzar nadando en confuso tropel; lo veía, cuando pasaba la vista por las caras asustadas de los que venían á buscar la armadura interna que los protegiese contra el invisible temido enemigo; lo veía, cuando escribía en la blanca hoja de papel una serie de nombres que habían de proporcionar datos estadísticos, para poder apreciar la utilidad del invento de nuestro compatriota; lo veía, cuando rendido por la fatiga cerraba los ojos sobre la almohada, buscando un poco de descanso á las tareas de aquellos fatigosos días; oía sus frases, entre los quejidos de los enfermos, entre las exclamaciones de temor y esperanza de los que nos presentaban el desnudo brazo donde había de introducirse el instrumento de Pravast, que descansa en aquel estuche; lo oía, entre los elocuentes periodos de Gimeno, cuando desde la Cátedra del Ateneo ensalzaba al Pasteur español; lo oía, entre los ruídos confusos de la callada noche y me repetía, eso no es cierto.

Amar, es vivir. Amor, puede ser sufrimiento, pero sufrimiento hondo y puro, como

las verdaderas alegrías son hondas y puras también.

Que no amase nunca le dijo el diplomático; me repetía en mis horas de meditación que no amase, porque sufriría. Por la misma razón pudo desearle que no viese ó que no oyera. ¡Cuántos dolores entrando por la pupila ó por el conducto auditivo hieren el alma al mismo tiempo que la retina y el tímpano! Y pensar así sería un motivo para arrancarme los ojos que me habían servido para ver una lágrima en los tuyos, para tapiar mis oídos que habían escuchado las vibraciones de tu pena. Hubiera querido perder la facultad de hablar que permitió á mis labios modular la primera frase de cariño, es decir, la primera frase que te dirigí. Pero luego pensaba, ¡qué error!, ¡qué aberración! «Que no ames nunca». «Que no veas». «Que no oigas». «Que no sientas». En fin, «que no vivas». «Que goces de la paz de los muertos». ¡Horrible deseo! Y con mayor entusiasmo reanudaba mi trabajo á la mañana siguiente, pensando que en el fondo de mis ojos se había reflejado tu imagen, la facultad de transmitir ideas y sentimientos que me habían proporcionado

momentos de dicha, al referirte las dulces emociones del corazón tuyo que late en mi torax.

El Doctor hizo aquí una ligera pausa; su cabeza se destacaba sobre el fondo oscuro de la biblioteca, iluminada más que por la luz de la lámpara, por el fuego de la chimenea, cuyos leños miraba con aire indiferente.

Sofía examinaba en silencio aquella frente despejada y hermosa, en que los mechones de prematuras canas contrastaban con la intensa negrura del cabello; le miraba en silencio con sus ojos húmedos por la emoción.

El Doctor prosiguió. Cuando esta tarde volví de la visita, traía como te dije, la impresión tremenda de esa desgraciada criatura á quien el cáncer mata sin remedio. Estaba preocupado y triste. Por eso, al volver después de haber visto de nuevo la desolación de aquel hogar, desolación tanto más horrible, cuanto hemos tenido que decirle al hombre que la ama, que no hay para ella remedio; al sentirme abatido y desalentado, he entrado aquí en la biblioteca, en vez de ir á tu cuarto. Me llamaban mis

viejos amigos, estos libros que han sido mis Maestros, para pedirles una frase de consuelo con que reanimar mi espíritu y el tuyo. Porque tenía delante la lágrima que te arrancó tu cariño por mí, cuando al intentar distraerme proponiéndome que fuéramos al teatro, te contesté negándome á ello; entonces me acordé de la frase del diplomático, de su deseo de que no amases para que no sufrieras y pensando que el valor no consiste en la ciega energía para hacer daño, sino en la energía luminosa para hacer el bien, me he dicho: Ese consejo es un consejo por cobarde despreciable, y me he preguntado: ¿El dolor es un mal? Y he entrado aquí en busca de la respuesta: la hallaba en el momento que entornabas la puerta y viéndome preocupado me preguntabas con tu voz angelical: ¿Se puede pasar? Y te he respondido que sí con tanta viveza; por eso te he dicho que te acercaras bien á mí, para que juntos leyéramos la respuesta á mi pregunta.

Schiler, el gran poeta alemán, ha escrito dos versos que dicen traducidos:

«El que no ha amasado su pan con lágrimas, el que no ha invocado tu nombre, Dios mío, en las largas horas de

insomnio, no puede comprender tu infinita majestad.

Ahora, sigue conmigo en este libro de un filósofo español.

«Es el dolor, el más alto don del cielo; él levanta al hombre sobre el mundo, depura su vida, fortifica su alma, ennoblece su pensamiento, da valor á sus alegrías; él, todo imperfección como el trabajo, engrandece y perfecciona; él, todo desarmonía como el mal, armoniza y ordena; él, todo sombras como la noche, alumbra con una iluminación interior la esencia de nuestro ser y santificado por Dios mismo liga al género humano con el vínculo de la limitación y de la muerte». (GINER DE LOS RÍOS).

«Sé valiente, pues, compañera mía y bendigamos á Dios que permite el mal para nuestro bien».

—¿Has terminado? preguntó Sofía. Y como el Doctor le respondiera con un movimiento afirmativo, continuó: Perdóname que haya temblado al verte sufrir, soy mujer al fin y como mujer un poco cobarde; permíteme que al tiempo que bendigamos el dolor, ese gran maestro que ha formado tu alma generosa, bendiga á Dios que creó

también el amor y que te creó á ti, mi adorado compañero.

Y levantándose tremante por la emoción, dejó con una lágrima un beso en la frente del Doctor, cuya cabeza pensadora se destacaba sobre el fondo oscuro de la biblioteca.

DEL VAGÓN Á LA CELDA

I

Oir hablar á multitud de gentes que traen variadísimos acentos á tu oído y no menos variadas impresiones á tu espíritu: tiene su antítesis.

Ver campos, pueblos, ciudades, montañas, valles, ríos, árboles, rocas, paisajes y marinas, conjuntos y detalles, que, á veces, con los contornos deformados por el vértigo de la velocidad, pasan tras el cristal de la ventanilla, cambiando de contínuo, como cambian las caprichosas combinaciones de colores y líneas tras el vidrio de un kaleidoscopio: eso tiene su contraste.

El vagón, viajera mía, tiene su opuesto: la celda del preso.

Arranca el mullido tapizado, dejando al aire las encaladas paredes; tapia las portezuelas para que nada ni nadie entre, convirtiendo una de ellas en maciza puerta con

cerrojo, cerradura y *condena*, con una mirilla ó *espión* para que el vigilante pueda fiscalizar; con un ventanillo para introducir la comida y otro más abajo para sacar las basuras y suciedades, que al mismo tiempo sirva de ventilador; levanta un poco más el techo y en la pared opuesta, allá en lo alto, abre un agujero rectangular para que se pueda ver que hay cielo, por si el prisionero llega á ponerlo en duda; inmoviliza el tren y rodéalo de un, como *andén* prolongado, de una faja de terreno, *el paseo de ronda* encerrado entre altos muros con centinelas rígidos de calada y reluciente bayoneta.

¿Has imaginado la transformación?

Permite que te cuente las impresiones que experimenté el otro día.

Porque yo tengo un lema. No lo busques en la cubierta de mis libros; no es en ella donde está. Búscalo en las líneas y en las *entrelíneas* de lo que escribo, en mis ideas y en mis sentimientos. Que en mi entendimiento y en mi corazón lo grabó una mujer y lo menos que puedo hacer es repetirlo, alma amiga mía; para que tú á tu vez lo infundas con tus besos y tus caricias en la conciencia de tu padre, de tu esposo y de

tu hijo. Ese lema dice sencillamente: *Ama y trabaja.*

Perdona la digresión y vamos á mi cuento.

II

—Anda, Boni, échale esos cigarrillos á esos desventurados.

Y Boni alcanzando al lento coche celular cumplió mi encargo. Los que iban dentro volvían de las Salesas á la Cárcel Modelo.

Encerraba aquel cajón negro en su interior culpables é inocentes, quizá absueltos, quizá condenados, que recobrarían pronto la libertad, ó verían prolongarse su prisión hasta el infinito, en la soledad horrible de la celda tumba.

Inocente ó culpable el preso, aquellos cigarrillos á desvanecerse en ondas azuladas, irían á repetirle:

—Junto al coche ha pasado un hombre que simpatiza con tu infortunio; un hombre que porque estés procesado no te cree delincuente, y que si lo fueras, no por eso te odia. Venimos á decirte que el calor de la vida no se manifiesta sólo para ti en el rayo ciego de la indignación que destruye y mata;

y que del que arde en los corazones hay un poco para suavizar esta atmósfera helada. Piensa que fuera de aquí hay gentes que, lejos de odiarte, te aman.

Las mulas aligeraron el paso. Dejamos de distinguir las letras blancas que decían: *Prisión celular*, y poco después el obscuro armatoste desapareció á lo lejos.

Marchábamos silenciosos y preocupados.

Me acordaba yo de un senador conocido mío que, al entrar en la Alta Cámara, mira siempre en los rincones por si una mano anarquista ha puesto en ellos alguna bomba. Me acordaba del día en que, hablándole de teorías penales, apenas pronuncié la palabra *corrección*, me dijo con una expresión agria, enconada por el odio:

¿Que, es V. de los que quieren dar á los criminales dulcecitos, eh?

Y de su sorpresa cuando le respondí tranquilamente:

—Sí, señor; soy uno de esos.

—¿Entonces, qué les dará V. á los hombres honrados?

—¡Yo! Pero cree V. que ni yo ni V., excelentísimo señor, ni nadie, puede dar á un hombre honrado algo más grato, más dulce,

mejor, que las satisfacciones y alegrías que él gana con serlo?

III

Un espectáculo callejero nos llamó la atención.

Un grupo de gentes rodeaba á un bohemio que se disponía á lucir las habilidades de un enorme oso.

Boni y yo nos acercamos al corro.

Bajo los pardos y sucios vestidos del domador había un hombre hermoso, recio y fuerte. En la misma mano con que sujetaba la cadena, tenía un grueso palo, mientras con la otra preludiaba un aire movido y alegre, agitando las sonajillas de la pandereta.

Á una señal suya la hercúlea bestia empezó á bailar de pie sobre sus patas traseras, con movimientos torpes. Primero, sola; luego, con el palo cruzado sobre el pecho, como un disciplinado centinela, lanzando al aire sonidos cavernosos, enérgicos y formidables, como el lanudo pecho de que salían, pero de quejumbrosa y triste expresión, como la esclavitud á que se veía reducida.

Viendo á la fiera obedecer mansamente

al domador, sentí hacia él un movimiento de simpatía.

Cuando el oso colocó otra vez las poderosas garras de sus patas delanteras en el suelo, desde un balcón arrojaron al joven un puñado de mendrugos, que partió con la terrible fiera.

—¿De dónde es V?—le pregunté.

—Austriaco.

—¿Pero de qué punto?

—De Caty. Junto á Hungría.

—¿Y ha venido V. á pie atravesando la Francia?

—Sí, señor.

En su humildad de mendigo, tenía aquel joven, atenuados por la dulzura de sus facciones, señalados rasgos de orgullo.

Por el contraste tal vez, volvió á presentársele la imagen del asustadizo senador, de expresión envenenada por el miedo, ante el reposo de aquel tronco aplomado sobre las macizas piernas y ante la expresión serena y dulce de aquel rostro curtido que encuadraban rizosos y empolvados bucles.

Era el bohemio un hombre que se había acercado á la fiera y en vez de acosarla partía con ella su pan. Con ella había atravesado media Europa y junto á ella había dormido en noches serenas y en noches tempestuosas. Era un valiente que había recorrido caminos desiertos, haciendo en el Norte frente á la nieve que se arremolina en copos incesantes, y en el Mediodía á los rayos derretidores de un sol de fuego que caen á plomo sobre nuestras caldeadas carreteras.

En aquel momento se sentía orgulloso porque se sentía admirado.

Á mí me contrarió separarme de él sin haberle podido decir:

—Me es dable comprenderte porque me he acercado á la fiera monstruosa que los pusilánimes se imaginan: á los hombres que sufren la esclavitud de la prisión por delito propio ó por error ajeno. Y cuanto más me he acercado á ellos, más firmemente he pensado que así como no sanaban de sus extravíos los locos cuando—no hace de esto mucho tiempo—eran perseguidos y apedreados en las calles y plazas, por el odio salvaje (antes de que la ciencia aplicara á su curación remedios adecuados), tampoco haremos que sanen las voluntades dañadas, dando suelta á las explosiones de un odio no menos cruel y absurdo.

Por eso soy de los que piensan, que para despertar en el delincuente la noción de los lazos que á los demás le ligan, y que con su delito muestra desconocer, antes que la repulsión de parte de todo elemento sano, necesita que, con un poco de generosidad, se le arrojen unas migajas, siquiera, de los dulces que la vida sirve en tranquilo festín á los hombres honrados.

LA MANCHA EN LOS LABIOS

En alas de la fresca brisa venía del campo el Hada Azul, con las rosas en sus mejillas y la roja sangre transparentándose en sus labios como si fuera la representación de aquella alborada que doraba los campos al despuntar en Oriente, al tiempo que el Hada Amarilla con sus bucles de oro que rodeaban su cara pálida y marchita salía entre el vaho por el recién abierto balcón de una de las primeras casas de la ciudad.

—¿Cómo has encontrado al recién nacido? Preguntó el Hada Amarilla.

—Mala partida me jugaste, hermana, porque sus facciones eran de expresión dura y repulsiva, aún en medio de las redondeces dulces con que la naturaleza encarna el alma de los niños. No te excuses diciéndome que eso obedece á las leyes de la herencia. No creo en las leyes que descubren los hombres de ciencia, como ellos, en su mayor parte no creen en nuestros prodigios. Yo me encargo de modificar la dureza de sus facciones y.....

—Ya me lo temía,—siguió el Hada Amarilla—y para contrarrestar tu influjo, me he detenido ante su cuna y he puesto en su pecho un saco lleno de licor corrosivo y he escrito en su alma estas palabras: «Escupe, que algo queda».

El Hada Azul bajó los ojos entristecida y se puso á meditar lo que haría para desvirtuar lo que le acababa de decir su hermana, porque aquello la disgustaba grandemente.

Lo que había dado el Hada Amarilla al recién nacido era un arma terrible que podía hacer mucho daño. Guippo, que así se llamaba el niño, cuando encontrase en su camino á algún hombre que le molestase, no tenía más que escupirle un poco de aquel licor corrosivo y aquel hombre quedaba ya inutilizado.

Aquel licor destruía cuanto tocaba y cualquiera que fuese el remedio que se aplicara, la víctima no tendría defensa. ¡Cuantos males podría causar á los hombres un ser que disponía de semejante medio de destrucción!

Hasta allí el Hada Azul había inventado tantos remedios como males imaginó el Hada Amarilla. Á la enfermedad, había opuesto la Medicina; á los fugaces y turbulentos

goces del vicio, las tranquilas y permanentes alegrías de la virtud; á la desesperación, la esperanza; al odio, el amor; pero al licor corrosivo, ¿qué opondría?

Un hombre trabajaría un día tras otro, contribuyendo al bien de todos al realizar su propio bien, ese hombre tendría el respeto de los demás: así estaban las cosas hasta aquel momento, pero de allí en adelante, bastaría que ese hombre estorbase los propósitos de Guippo, para que él le escupiera y desde entonces su reputación merecidísima recibiría un golpe mortal porque la mancha sería imborrable.

Cuando Guippo empezó á escupir, los hombres se aterraron. Los que le encontraban á su paso, se apartaban con temor. Los sabios se reunieron en concejo y le pusieron á aquello un nombre: llamaron á Guippo *calumniador*. Los legisladores se reunieron en asambleas y castigaron la calumnia. Pero sus esfuerzos resultaban estériles. Los mismos remedios se convertían en auxiliares de Guippo, porque la mancha de la calumnia, á medida que se ocupaban de ella, se extendía más y más. Guippo tenía por cómplices á la mentira y la ignorancia, y tras

ellas se ocultaba, confirmando la afirmación de uno de los sabios que dijo: «El calumniador es el más cobarde y el más vil de los asesinos».

Y Guippo seguía firme en sus creencias. El Hada Amarilla le había dicho; «escupe, (ó lo que es lo mismo, «calumnia») que algo queda» y Guippo se desmentía cuando le obligaban á ello, pero la mancha quedaba, quedaba siempre.

El Hada Azul resolvió poner fin á este estado de cosas. No podía destruir la calumnia porque el Hada Amarilla la había instituído y lo que hace un Hada, no puede deshacerlo otra; pero se dispuso á contrarrestar sus efectos y una mañana hermosa de Mayo, tocó la tierra con su varita y al punto se cubrió de flores de hermosísimo color y suave aroma. La brisa enamorada besó la corola de aquellas flores y llevándose su esencia penetró en la ciudad, tocó con ella los ojos de los hombres y una revelación tuvo lugar. Desde entonces, los hombres se apartaron de Guippo, no con temor sino con repugnancia.

El líquido corrosivo seguía manchando siempre y su mancha con nada se quitaba:

pero, ¡oh poder del Hada Azul! en vez de manchar á los demás, sólo manchaba los labios del «calumniador».

Un día que el mismo Guippo salió al campo, la brisa rozó sus ojos con la esencia perfumada y al mirarse en un espejo se vió aquella mancha horrible sobre sus labios corroídos y comprendió al fin por qué tenía el desprecio, en vez de la estimación de las gentes.

Desde entonces el pobre Guippo pasa una vida atroz, porque en la soledad moral en que se encuentra, todos los esfuerzos por disimular su mancha, son estériles é ineficaces. Se lava de contínuo los labios con toda clase de drogas y los recubre con capas de colorete para tratar de engañar á los demás. ¡Trabajo inútil! El engaño dura muy poco porque su propia saliva le mancha y le corroe continuameute á despecho de sus mejunjes y enjuagues.

¡Pobre Guippo!

Pidamos al Hada Azul que le libre de su insufrible tormento, ya que ella sembró en las almas la facultad de Amar y la esperanza para el hombre, porque aunque parezca mentira, «el calumniador» es también un hombre.

EL FARO

Abajo la roca; arriba la luz. Abajo el escollo; arriba la previsión. En lo hondo, las olas furiosas que se retuercen en hirviente confusión y entre las concavidades negras se deshacen en espuma blanca, durante el día de satánica impotencia. En lo alto, al través de los cristales, rayos puros que alumbran rasgando las tinieblas con serena, imperturbada firmeza.

Cuando en una noche de tempestad un hombre, sintiendo que otros hombres, á merced de las olas, podían estrellarse contra el abrupto acantilado, prendió la primera hoguera para salvarlos, se fundió á su calor el primer pedazo de plomo con que había de imprimirse, al rodar de los siglos, el Sermón del Monte.

El oleaje de las pasiones que se agitan y se retuercen en las tempestades del alma, mueve á veces al hombre y le arrastra. Es corto el alcance de los sentidos y no perciben los ojos el peligro; el anteojo de la ciencia es, ante la densa oscuridad de la noche,

un tubo negro y vacío; la desgracia es inminente para el infortunado navegante. Pero no desesperéis. No todo en esta tierra es arena movediza que el ímpetu de las olas puede arrastrar, ni lodo inmundo en que la quilla haya de aprisionarse para siempre.

Y otro tanto sucede en el alma, aún en la más ruín. No todo lo que hay en ella son deseos desenfrenados, soberbias cegadoras y apetitos brutales.

Para los que saben geografía, como para los que la ignoran; para los que conocen la costa, como para los que no la hubiesen visto nunca; para todos existe la roca. Para los que ajustan su vida á principios morales, como para los que, sin conocerlos, se ríen por dentro de ellos, creyéndolos invención abstracta de filósofos ó preocupación de misántropos, existe el deber.

Y para iluminarlo, orientando al viajero de la vida, llevamos todos en el alma un faro que no deja de brillar á su hora: la conciencia.

*
* *

Antes que los progresos de la ciencia, en sus aplicaciones industriales, produjeran

esos gigantescos barcos en que viajan millares de hombres, y de que el arte de la navegación trazara líneas rectas de ruta para ellos sobre el lomo ondulante de los océanos, las ciencias morales y políticas construyeron esas otras grandes entidades sociales y jurídicas que llamamos Naciones, Estados, Confederaciones. Mirando á lo futuro pensadores y estadistas trazaron sobre las ondas del tiempo, líneas rectas, rutas fijas para el pensamiento colectivo. Y los artistas les dieron plasticidad con facetas diamantinas y filántropos y moralistas los reflejaron con inquebrantable austeridad. Faros vivientes que sirvieron para orientar á la humanidad en su camino.

*
* *

En la mañana besada por la luz, descubrámonos con respeto ante el faro, aunque sus líneas frías parezcan mudas al aturdimiento banal de nuestras horas de satisfacción. Pensemos que cuando las sombras caen sobre el horizonte y ruge la tempestad, él nos envía sus rayos serenos para orientarnos bien.